

Los Galos, bárbaros en otro tiempo, están en presencia de los Bárbaros del Norte. Aquí resplandecen los designios de Dios en las conquistas de Roma. La guerra es el gran instrumento de civilización en la antigüedad. Los Griegos habían civilizado al Oriente y á los Romanos como vencedores y como vencidos. ¿Quién civilizará á los Bárbaros cuando haya llegado la hora en que deban realizar su obra de destrucción? Es necesario que sobre las ruinas se levante un nuevo edificio. Roma y el Cristianismo asentarán sus cimientos. Los fieros Sicambros encorvarán la cabeza bajo la autoridad de la religión y del derecho romano. La Galia civilizó á sus feroces vencedores; pero para cumplir con esta misión, hubo de ser iniciada por sus conquistadores en las artes, en la literatura, en las leyes de Roma y convertirse al Cristianismo bajo la influencia de la unidad romana. ¿Se dirá que abandonada á sí misma, hubiera desarrollado de una manera original las facultades de que Dios había dotado á la raza céltica? Los escasos hechos que conocemos no están en armonía con esta suposición. No encontramos indicio alguno de una civilización progresiva en las Galias, en la época de la conquista romana; creeriase mejor que la raza gala se hallaba ya en decadencia. Se distinguía en pasados tiempos por un ardor guerrero llevado hasta la extravagancia. Cuando César llegó á las Galias la nación había cambiado mucho. El conquistador no encontró resistencia seria sino en la nobleza; en cuanto á las masas, embrutecidas por la servidumbre, plegáronse fácilmente á la dominación extranjera. El general romano estimaba tanto el valor caballeresco de la aristocracia gala, cuanto desdeñaba la fanfarronería del comun de los Celtas. Por otro lado el espíritu de división y de rivalidad de las clases dominantes iba creciendo; sin la intervención extranjera hubiera conducido á la Galia á la anarquía y á la disolución.

No tenían los Galos sino un elemento de unidad y de civilización, la religión. Un escritor francés ha emprendido la tarea de rehabilitar el druidismo (1). No seguiremos á *Mr. Reynaud* en sus in-

(1) J. REYNAUD, en la *Encyclopédie Nouvelle*, en la palabra *Druidisme*. Nuestro conocimiento de la religión druidica es muy imperfecto. El cuadro que monsieur Reynaud traza de él es evidentemente ideal.

geniosas indagaciones acerca de los dogmas de nuestros antepasados; estamos dispuestos á creer que los Romanos los comprendieron poco, y que en las concepciones de aquella teocracia poderosa había gérmenes de un porvenir religioso. Pero el elocuente defensor de los druidas reconoce que su culto iba decayendo en la época de la conquista de César, y nada lo prueba mejor que la facilidad con que la Galia se hizo romana; confiesa que el druidismo tenía un vicio esencial y era que, siendo completamente poderoso para desarrollar en los hombres el sentimiento de la personalidad, era incapaz de reunirlos en una existencia comun, que hizo de los Galos guerreros prodigiosos, pero no supo hacer de ellos ciudadanos. Necesario es añadir que el druidismo no tuvo poder para humanizar á los Galos, puesto que en la época de la conquista romana eran aún bárbaros: un culto que ordenaba sacrificios humanos no merece que la historia deplore su desaparición. Faltaba la caridad á la religión de nuestros padres; ha sido necesario que el cristianismo le revelara esta ley divina. El druidismo debía, pues, desaparecer de la Galia. Imponiendo su dominación á los Galos, Roma los preparó para el bautismo de una religión de amor.

N.º 3.—*La Bretaña.*

La Inglaterra no solamente no era conocida de los Romanos antes de las guerras de César (1), sino que aun la existencia de esta isla, *separada del resto del mundo* (2), era puesta en duda; los historiadores creían que todo lo que se decía de ella, hasta su nombre, era una pura fábula (3). Escipión pidió noticias sobre la Bretaña á los habitantes de Marsella, de Narbona, de Carbilona, las tres ciudades más comerciales de las Galias; no pudieron de-

(1) CAES., B. G., IV, 21.

(2) *«Et penitus toto divisos orbe Britannos»* (VIRGIL., *Bucol.*, I, 67).

(3) PLUTARCH., *Caes.*, c. 23.

circle nada que fuese digno de referirse (1). Es verdad que el célebre viajero Pyteas había visitado la Inglaterra, pero las maravillas que de ella contaba hacían sospechoso su testimonio (2). Cuando César emprendió su expedición hizo venir de todas partes mercaderes galos; nada pudo saber de ellos ni sobre la extensión de la isla ni sobre la naturaleza y el número de naciones que la habitaban, ni sobre su manera de hacer la guerra (3). La invasión de César fué, pues, una expedición de descubrimiento más que de conquista. No hizo, por decirlo así, sino asentar un campo romano sobre las costas de la Bretaña. Sus proyectos fueron continuados por los primeros emperadores. Agrícola acabó la sumisión de la Inglaterra propiamente dicha. Sólo entonces se aseguraron los Romanos de que la Bretaña era una isla (4). La Bretaña, más que otra parte alguna de la Europa, tenía necesidad de una mano poderosa que la arrancara á la barbarie, en la que se hallaba aún en tiempo de César. La agricultura era casi desconocida; los habitantes se alimentaban del producto de sus rebaños; sus cabañas, construidas en los bosques, estaban aisladas la mayor parte. Daban el nombre de ciudad ó plaza fuerte á bosques espesos que rodeaban con una muralla ó con un foso y que les servían de retirada contra las incursiones del enemigo (5). Los Bretones del Norte eran aún más salvajes; vivían de la caza, de las cortezas de los árboles y de algunas raíces. Se teñían el cuerpo como los salvajes de América; los Galls añadían á este adorno nacional figuras de animales y signos simbólicos que pintaban sobre su cuerpo (6).

Creíase que la religión de los druidas había tenido su origen en la Bretaña (7). Cuando el emperador Claudio proscribió á los sacerdotes galos, se refugiaron éstos entre los Bretones. *Tácito ha*

(1) POLYB., XXXIV, 10, 7.

(2) IBID., XXIV, 5, 2, 8; 10, 7.

(3) CAES., B. G., IV, 20.

(4) TACIT., *Agric.*, c. 10.—C. DION. CASS., XXXIX, 50; LXVI, 20.

(5) CAES., B. G., V, 21.—TACIT., *Agric. passim.*—DIODOR., V, 21.

(6) IBID., B. G., V, 21.—HERODIAN., III, 14.—POMPON. MELA, III, 6.—STRAB., IV, p. 138.

(7) IBID., B. G., VI, 13.

descrito la última lucha entre el druidismo y la civilización más humana de Roma: «Aspera, inculta, de un aspecto lúgubre y aterrador, había sido escogida por los druidas la isla de Mona para el sitio más secreto de su culto. Allá, bajo viejas encinas sagradas, sobre informes altares, corría todos los días sangre humana; allí eran conducidos todos los prisioneros romanos á quienes el cuchillo de los adivinos, las llamas ó dolorosos tormentos hacían perecer» (1). Svetonio Paulino, lugarteniente de Neron, atacó al druidismo en su último asilo. Las legiones se llenaron de terror, al ver correr acá y allá multitud de mujeres, en fúnebre ademán, con los cabellos en desorden, llevando en sus manos antorchas encendidas, y por todas partes druidas inmóviles, con los brazos levantados al cielo, pronunciando con solemnidad horribles imprecaciones. Sin embargo, los Bretones fueron vencidos. Todo lo que cayó en manos del vencedor, sacerdotes, sacerdotisas, soldados, fué asesinado ó quemado en las hogueras preparadas por los druidas. Fué el último sacrificio humano; desde entonces la sangre de los hombres cesó de correr sobre los altares de los dioses (2).

Agrícola comenzó la obra de la civilización. Los Bretones vivían dispersos como salvajes. El general romano les obligó á construir casas, plazas públicas, templos; hizo instruir á los niños de los jefes en las ciencias y en las artes. Al principio repugnó á los vencidos el aprender la lengua de sus vencedores; pronto se preciaron de hablarla con gracia. Adoptaron en seguida las maneras romanas; la toga se puso de moda (3). «Insensiblemente, dice *Tácito*, vinieron á buscar los Bretones todo lo que á la larga insinúa el vicio, nuestros pórticos, nuestros baños, nuestros suntuosos banquetes; lo que su inexperiencia llamaba civilización y formaba

(1) TACIT., *Ann.*, XIV, 29, 30; *Agric.*, 14.

(2) IBID., *Ann.*, XIV, 30.—THIERRY, *Historia de los Galos*, 3.^a parte, c. 2.

(3) La iniciación de los Bárbaros en la civilización vino á ser objeto de sátira para los poetas: «Hoy, dice JUVENAL, la llama de la filosofía griega y romana alumbra al universo; ya el Breton ha recibido del Galo lecciones de elocuencia; Thulé habla de pagar un retórico» (JUVENAL, *Sat.*, XV, 110-112); Martial se gloria de que los Bretones mismos cantan sus versos (*Epigr.*, XI, 2).

parte de su servidumbre» (1). Hay una triste verdad en las palabras del historiador romano. La guerra, que mezclaba y civilizaba los pueblos en la antigüedad, tenía por consecuencia inevitable una servidumbre más ó ménos mitigada. Pero la posteridad olvida los males que acompañaron á la dominacion extranjera, y goza de los frutos de la cultura cuya semilla esparcieron los conquistadores.

(1) TACIT., *Agric.*, 21.

CAPÍTULO V.

PREPARACION DE LA UNIDAD ROMANA.

§ I. — Admision de los Italianos al derecho de ciudadanía.

Los Italianos habian pedido participar de los privilegios de la ciudadanía de la misma manera que participaban de los peligros de la guerra. El Senado desechó su peticion, siguiendo su sistema de exclusion, aún en los momentos en que Roma parecia amenazada de una próxima ruina. Cuando los desastres de la segunda guerra púnica diezmaron la nobleza, un senador aconsejó se completara el Senado llamando á él á los nobles del Lacio. La proposicion fué acogida con tanta cólera como lo habia sido en otra ocasion la peticion de los Latinos. Manlio exclamó «que aún habia un hombre de la misma raza que el cónsul que, en el Capitolio, amenazó matar con sus propias manos al primer latino que viera introducirse en el Senado.» Q. Fabio Máximo dijo que era necesario ahogar aquella proposicion insensata en un silencio unánime: no se hizo de ella mencion alguna (1).

Cuando se recuerda la facilidad con que Roma concedia la ciudadanía á los libertos, se pregunta cuál era la razon de la porfida resistencia que opuso á las reclamaciones de los aliados. Todos los años millares de esclavos, procedentes la mayoría del Oriente, y que no tenian nada de comun con el pueblo rey, se convertian en ciudadanos. Y los Italianos, hermanos de los Ro-

(1) LIV., XXIII, 22.